

La antropología social en Jalisco

Andrés Fábregas Puig
El Colegio de Jalisco

El propósito de este artículo es destacar las características que ha tenido el desarrollo de la antropología social en Jalisco. Se ha prescindido de la revisión bibliográfica, trabajo de naturaleza distinta al objetivo trazado.

Como una disciplina académica, la antropología social se consolidó en México al iniciarse el gobierno del general Lázaro Cárdenas del Río.¹ El departamento de antropología que operaba en la escuela de biología del Instituto Politécnico Nacional, en 1942 se transformó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) incorporada al recién fundado Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), y unida a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) por un convenio en el que se especificaba la exclusividad de la ENAH para impartir las disciplinas antropológicas en el país. La ENAH, iniciada en los históricos locales de la calle de Moneda, en el Distrito Federal, se concibió según el esquema de Franz Boas, antropólogo alemán emigrado a Estados Unidos, entendiéndose a la antropología como una macro disciplina compuesta de especialidades. Estas son: Antropología Física, Antropología Social, Arqueología, Etnohistoria, Etnología y Lingüística.

Por supuesto, nadie puso en duda que la enseñanza de la antropología y sus varios ramales debía de localizarse en el Distrito Federal como competencia exclusiva de la ENAH. Aún en la propia ciudad de México, no deberían abrirse otras escuelas distintas a la Nacional.

1. Cfr. José Lameiras Olvera. "La antropología en México: panorama de su desarrollo en lo que va del siglo". *Ciencias Sociales en México. Desarrollo y perspectivas*. México: El Colegio de México, 1979.

El alumno que ingresaba a este esquema -aún vigente- debía cursar dos semestres de un tronco común que lo familiarizaba con las ramas de la antropología mencionadas. Al terminar ese período, el estudiante ingresaba a la especialidad de su preferencia, en una escuela que durante toda la década de los años sesenta no rebasó los trescientos alumnos. Ello conformó un espacio que facilitaba la comunicación intensa entre los mismos alumnos y entre éstos y los profesores. Había, además, otra característica en el alumnado que es preciso mencionar: varios de ellos habían cursado otras carreras universitarias y portaban visiones variadas que auxiliaron a los alumnos menos experimentados a comprender mejor lo que escuchaban en las aulas.

La otra característica del nacimiento académico de la antropología en México es que fue concebida como una ciencia especializada en el orbe indígena, tanto de su pasado como de su presente. De esta forma, la antropología física se dedicó al estudio de las características biológicas -en su más amplia acepción- de la población y su relación con la cultura entre los pueblos indios; la antropología social se identificó con las formas de organización de los mismos; la arqueología se concentró en el análisis de los grandes centros del desarrollo cultural en la época prehispánica; la lingüística se cedió a los misioneros del Instituto Lingüístico de Verano que se ocuparon de los idiomas vernáculos; la etnohistoria se especializó en la historia precolombina y la etnología en el análisis de las culturas indígenas de México. La antropología se ajustaba así a la definición propuesta por los antropólogos británicos, es decir, una rama de la sociología especializada en el estudio de los pueblos no occidentales.

Pero también este esquema respondía a una visión surgida de la Revolución de 1910 que sostenía la urgencia de construir una cultura nacional (en realidad, una cultura central) como única posibilidad de consolidar al nuevo Estado Mexicano. Para ello, se decía, era indispensable integrar a los indios a la sociedad nacional, induciendo el mestizaje iniciado en la Colonia. Es

decir, el país -según el esquema integracionista- debía profundizar su naturaleza mestiza porque es este sector el que porta la cultura nacional. Aún los pueblos indios, decía Gonzalo Aguirre Beltrán, son mestizos hablantes de lenguas vernáculas. Los regímenes de gobierno surgidos por la Revolución de 1910 heredaron el planteamiento de que para forjar una nación en el contexto de una sociedad de matriz colonial como la mexicana, era necesaria una política integrativa, homogeneizadora de la población en torno a un proyecto llamado México.

Este aspecto es clave para entender que la política indigenista es un diseño de Estado, puesto en práctica por los sucesivos gobiernos del país en busca de la modificación de las formas de sociedad y de cultura de los pueblos indios, de sus hábitos económicos, para hacerlos congruentes con el desarrollo nacional. Esta fue la tarea asignada a los antropólogos. La ENAH se concibió como el lugar para preparar a los profesionales que, desde el Instituto Nacional Indigenista (INI), pondrían en práctica la visión integracionista como política del Estado Mexicano hacia las poblaciones indias. Quiquiera que revise los planes de estudio vigentes en la ENAH desde su fundación hasta 1970, se encontrará con materias que enfatizaban el conocimiento de los pueblos indios de México. Este hecho, tan destacado en definir la práctica de la antropología en el país, es uno de los factores explicativos de por qué la antropología llegó a Jalisco bien entrado el siglo XX. En efecto, la presencia indígena en la vida social y cultural de los jaliscienses es lejana, no obstante que la población Huichol ocupa una parte considerable de la región norte del estado y los Nahuas no han renunciado a su presencia tanto en el sur de Jalisco o en lugares como la sierra de Manantlán.

En contraste con la situación de la antropología, la historia ha tenido en Jalisco un notable desempeño. Una de las bibliografías especializadas en historia más notables del país se ha producido y se sigue produciendo en Jalisco. La reflexión acerca de la historia local y

regional es una tradición académica arraigada en el estado, iniciada en los días coloniales, cuando el actual territorio jalisciense pertenecía a la Audiencia de la Nueva Galicia.² Incluso, el Instituto Jalisciense de Antropología e Historia (IAIH), fundado en 1959, impulsó la investigación histórica y, en menor medida, la arqueológica, e ignoró la antropología social. El panorama no cambió cuando el IAIH fue absorbido por la Universidad de Guadalajara en 1973, año en que se estableció en Jalisco el Centro Regional de Occidente del INAH, que permitió una mayor presencia de la arqueología sin desplazar la investigación histórica que, incluso, continuó siendo dominante.³

Desde el ángulo de la enseñanza, la escuela de antropología fundada en la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG) es relativamente reciente. Dicha escuela abrió sus aulas en 1972 y, nuevamente, la historia y la arqueología dominaron el plan de estudios en el que la antropología social tiene una pobre presencia.⁴

El establecimiento de una antropología social hecha desde Jalisco está vinculado al surgimiento y desarrollo en México de una antropología no indigenista. Ello ocurre a partir de la crisis gestada en los años sesenta, que alcanzó su punto culminante en 1968, en el contexto del movimiento estudiantil de aquel año. La generación de antropólogos formada en esos momentos, buscó insertar la antropología social en el análisis de aspectos que rebasaban el ámbito de las poblaciones indígenas. El concepto de región, retomado de la misma antropología, se contrapuso al de comunidad que dominaba los estudios antropológicos.⁵ Y son las regiones de Jalisco las que atraen a los antropólogos sociales, entre ellos varios jaliscienses, en búsqueda de una comprensión más amplia y afinada del país.

Por supuesto, este cambio en la antropología mexicana no ocurrió de un momento a otro, sino que se fraguó a lo largo de varios años. Son diversos y complejos los factores explicativos de este viraje en el que la sociedad jalisciense tiene un papel destacado. Uno de esos factores ha sido la desconcentración de la investi-

2. Cfr. José María Murriá. "La etnohistoria en Jalisco". Carlos García Mora y Mercedes Mejía Sánchez, (coords.). *La antropología en México. Panorama histórico*. México: INAH, vol. 13, 1988, pp. 57-70.

3. Cfr. Cándido Galván Ruiz. "Instituto Jalisciense de Antropología e Historia". Carlos García Mora y Mercedes Mejía Sánchez, (coords.). *La antropología en México...* vol. 7, pp. 180-193.

4. Cfr. Daria Deraga y Rodolfo Fernández. "Escuela de Antropología de la Universidad Autónoma de Guadalajara". Carlos García Mora y Mercedes Mejía Sánchez, (coords.). *La antropología en México...* vol. 7, pp. 324-332.

5. Cfr. Guillermo de la Peña. "Los estudios regionales". Carlos García Mora y Mercedes Mejía Sánchez, (coords.). *La antropología en México...* vol. 4, pp. 629-675.

gación y la enseñanza de la antropología iniciada lentamente desde los años cuarenta con la fundación de institutos regionales en Yucatán primero y después en Veracruz. En este último estado se fundó la segunda escuela de antropología que funcionó en el país, dentro de la Universidad Veracruzana cuando, en 1957, su rector era el destacado antropólogo indigenista Gonzalo Aguirre Beltrán. Aunado a este movimiento desconcentrador —que aún tiene un largo trecho por recorrer— la crisis de los años sesenta provocó discusiones y revisiones que fueron definiendo varias concepciones del quehacer antropológico y cuáles deberían ser sus temas prioritarios en un país como México.

En ese cambio que estaba en marcha jugó un papel determinante Ángel Palerm. Egresado de la ENAH, había emigrado a los Estados Unidos en donde permaneció varios años hasta su retorno en 1966, año en que se incorporó a la Escuela de Antropología de la Universidad Iberoamericana (UIA). En ese mismo año, invitado por los alumnos, Ángel Palerm dictó un curso intensivo de teoría etnológica en la ENAH, introduciendo un punto de vista crítico que, como viento fresco, recorrió las aulas dominadas por un marxismo de catecismo en convivencia con una etnografía acrítica, centrada exclusivamente en los pueblos indios. La reestructuración del Departamento de Antropología Social (DEAS) de la Universidad Iberoamericana que por aquél entonces emprendió Palerm con el auxilio de Carmen Viqueira y la posterior incorporación de Arturo Warman, se combinó con la crisis de la ENAH desatada por la expulsión de los antropólogos como una de las consecuencias de la represión al movimiento estudiantil. A ello, se sumó la fundación del Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CISINAH), actualmente Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), iniciándose el período presidencial de Luis Echeverría Álvarez en 1973, centro del que Ángel Palerm fuera primer director. En aquellos momentos, los antropólogos mexicanos ocupaban espacios políticos

que permitieron abrir una perspectiva nueva. Guillermo Bonfil Batalla era el director general del INAH y Gonzalo Aguirre Beltrán, subsecretario de Cultura. Estas circunstancias fueron bien aprovechadas por Palerm, cuya mentalidad de estrategia no dejó pasar la ocasión. De esta manera, formó grupos de investigación en el CISINAH con estudiantes del DEAS de la UIA al frente de los cuales puso a investigadores formados o en vías de completar su formación. Se configuró un contexto de tres factores que permitieron el viraje de la antropología social en México: 1. La desconcentración del Distrito Federal de la investigación y la enseñanza antropológicas; 2. La búsqueda, dentro y fuera del Distrito Federal, de alternativas a la ENAH y 3. La propia renovación temática de la antropología social. Todo ello insertado en los cambios de la sociedad mexicana, varios de cuyos resultados vivimos actualmente.

En aquel momento, la reflexión antropológica en México se encaminó por la búsqueda del equilibrio entre un enfoque diacrónico prevaleciente y otro sincrónico, a través de la combinación de las orientaciones derivadas de la sociología que transmitían los antropólogos británicos y la escuela neoevolucionista encabezada por el norteamericano Julián Steward y de la que el propio Palerm era uno de los principales representantes. A ello se sumó un enfoque crítico para adecuar la antropología social al tipo de problemas de México en particular y de América Latina en general. Si hoy no resulta novedoso discutir las tesis de Steward, sí lo era por aquellos años. Además, la introducción del llamado "evolucionismo multifilial" en las discusiones de los antropólogos mexicanos, constituyó el preámbulo para revisar a Marx, en el más amplio sentido de la palabra. En efecto, no era posible eludir las tesis marxistas acerca del llamado Modo Asiático de Producción. Justo en esos años (1965-1970), ocurría en el ambiente académico internacional un debate acerca de estas cuestiones. Ello implicaba a marxistas y no marxistas, a antropólogos y a historiadores.

En México, la discusión adquirió una doble vertiente: por un lado, el debate de los planteamientos de Marx y, por el otro, su posible aplicación al contexto mexicano. De esta manera, Palerm introdujo a otro pensador de gran importancia, Karl W. Wittfogel, autor de la controvertida hipótesis acerca de las "sociedades hidráulicas". Este último esquema sacudió la arqueología mexicana y las interpretaciones de Mesoamérica en general. Las sociedades del mundo prehispánico debían ser revisadas con otros ojos, como de hecho estaba ocurriendo a través de los trabajos de figuras ampliamente conocidas como Federico Katz, Pedro Armillas o Pedro Carrasco. Estas nuevas orientaciones exigían enfoques macro sociológicos y macro históricos, más allá de los que se aplicaban en los estudios de comunidad. Así mismo, conducían hacia una reformulación de la actividad académica de la antropología social, fundamentalmente de la investigación y la enseñanza, que en México quería decir superar el esquema boasiano. En otras palabras, se trataba de ir más adelante del puro enfoque etnográfico sin abandonarlo, consolidar el trabajo de campo y salirse de la camisa de fuerza del indigenismo para trabajar no sólo en los problemas de los pueblos indios sino también en los de la sociedad en su conjunto. Así se instalaron como temas antropológicos el estudio del campesinado, las clases sociales en su más amplio abanico, las ciudades y en general, los procesos históricos que han definido a México. Se orientó una parte de la antropología social a los estudios urbanos para librarse de sólo analizar el medio rural. Se conformaba así, una orientación diferente en la antropología social mexicana que tuvo amplias repercusiones en Jalisco, como más adelante se mostrará.

No menos importante fue la revisión, impulsada también por Ángel Palerm, del quehacer profesional del antropólogo para, en función de ello, plantear nuevos programas de estudios en las escuelas universitarias. La discusión llevó a la conclusión de que el antropólogo social no debe ser reducido a sólo un "apli-

cador” de fórmulas preestablecidas en las aulas. Por el contrario, a cualquier antropología social aplicada debe precederle la investigación concreta. En congruencia, las escuelas tendrían que superar la orientación puramente “profesionista” para formar investigadores capaces de aplicar a la realidad el conocimiento construido por ellos mismos. Este punto resultó esencial para estimular los nuevos rumbos que estaba tomando la antropología social en el país. En efecto, la concepción indigenista e integracionista veía en el antropólogo social una especie de agente del desarrollo comunitario. Su papel, según esa misma concepción, era comprender los mecanismos culturales de los pueblos indios para encontrar la forma de incorporarlos al desarrollo, entendido éste desde la óptica mestiza. En contra de esta visión, la antropología no indigenista planteaba la formación de investigadores capaces de aplicar el conocimiento a su realidad.

La sociedad jalisciense se adecuaba bien a las nuevas perspectivas de la antropología social. Es, además, una sociedad de tradición anticentralista arraigada. Si los antropólogos sociales no habían puesto su mirada en ella, era por las limitaciones ya señaladas. En los años setenta se contaba con sólo un estudio propiamente antropológico elaborado en Jalisco: el de Paul S. Tylor, difundido en su libro *A Spanish-Mexican Peasant Community: Arandas in Jalisco, Mexico*, editado por la Universidad de California en 1933. Cuarenta años después de esa publicación, en 1973, un grupo de antropólogos mexicanos inició el estudio de Los Altos de Jalisco, abriendo con ello el análisis de una región que actualmente es una de las mejor documentadas por la literatura de ciencias sociales en el país. En otro artículo he comentado el desarrollo de los estudios de antropología social en la región alteña.⁶ Sólo mencionaré que el grupo de investigadores combinaba estudiantes del DEAS de la UIA con investigadores del recién fundado CISINAH, actualmente el CIESAS, institución que patrocinaba la investigación. Ello era posible no sólo por la aplicación de la estrategia diseñada por Ángel Pa-

6. Cfr. Andrés Fábregas Puig, “Los Altos de Jalisco y la antropología”, *Estudios Jaliscienses*, Zapopan: El Colegio de Jalisco, núm. 37, agosto de 1999, pp. 13-26.

term, sino a que éste también era el director del CISINAH y profesor de antropología en el DEAS de la UIA.

La aplicación de los análisis antropológicos combinando la orientación macro sociológica con la macro histórica, introdujo en la literatura antropológica de México a un personaje nuevo para ella: el rancharo. Éste se avino perfectamente a los propósitos de establecer una antropología social no indigenista al hacer perfecto contraste con el indio. El trabajo de campo descubrió al rancharo como el resultado de una historia diferente a la de las comunidades indias y en contraste con éstas. En efecto, el indio proviene de una tradición histórica de comunalismo en la propiedad de la tierra; en contraste, el rancharo procede de una tradición que se forjó en la propiedad individual de la tierra, de apego a la familia más que a la comunidad; en la colonia, el indio estuvo atado a la encomienda mientras que el rancharo configuró a un campesinado libre; el indio tuvo que ser evangelizado dando lugar a sincretismos religiosos variados en contraste con el catolicismo sin combinaciones del rancharo. Éste está imbuido de una actitud empresarial de la que carece el indio. La sociedad jalisciense proveía así los resultados concretos que posibilitaban el desarrollo de una antropología no indigenista que, además, auxiliaba a entender mejor a los propios indios y llenaba los objetivos de comprender la sociedad mexicana en su conjunto. Desde Jalisco se apreció que la situación de los pueblos indios no respondía a una falta de integración. Al contrario, su integración era efectiva, real, solo que asimétrica, desigual.

De aquí, se presentaron otros contextos como urgentes de analizar. De este nuevo planteamiento emergió una relación más: la del Estado Nacional con el campesinado libre en contraste con las comunidades indias y los ejidos surgidos del reparto agrario propiciado por la Revolución. Un México en donde el rancharo provocaba reflexiones más amplias acerca de la pluralidad del país y del papel jugado por las explotaciones agro ganaderas de mediano y pequeño tamaño. El esquema que había planteado Palerm, de entender la

economía colonial a través de las relaciones entre las zonas mineras y las agro ganaderas, se fue aclarando. La marginalidad del ranchero, además, condujo a revisar el concepto de frontera y a tratar de entender su localización colonial como parte del proceso de fijación de territorios mediante una estrategia diseñada estatalmente por el dominio castellano. Jalisco se configuró, en la literatura de la antropología social, como una sociedad de frontera, de hombres a caballo, católicos, de espíritu emprendedor y con la familia como la base de su organización.

Casi simultáneamente al estudio de Los Altos de Jalisco, el antropólogo jalisciense Guillermo de la Peña dirigió, en 1974, a un notable grupo de investigadores que se propusieron estudiar el sur de Jalisco. El análisis estructural se combinó con la orientación macro histórica del neoevolucionismo para producir un examen regional que es actualmente un clásico de la literatura antropológica mexicana. Incluso, en el contexto de ese proyecto, José Lameiras Olvera escribió uno de los libros más esclarecedores acerca de Jalisco.⁷ A través de este gran proyecto, la sociedad jalisciense mostró de nuevo su complejidad a la vez que influyó en la reorientación de la antropología social. De esta investigación se desprendieron más análisis acerca del Estado Nacional, la persistencia de la identidad étnica, las formas institucionales establecidas en el contexto de las relaciones entre el Estado Mexicano y los campesinos. Y, muy importante, mostró en un contexto diferente el peso de las relaciones entre el Estado Nacional y la Iglesia católica en el transcurrir histórico de la sociedad mexicana. De la Peña, como director del proyecto, avanzó en la construcción del concepto de región al mismo tiempo que contribuía a la construcción de la antropología social no indigenista con un material original, teórico y etnográfico, acerca de las relaciones entre economía y sociedad, la formación del empresariado y las estructuras de poder. Varios estudiantes de antropología de la Universidad Iberoamericana se graduaron con tesis producidas en esta investigación.⁸

7. Cfr. *El Tuxpan de Jalisco. Una identidad danzante*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1990.

8. Cfr. Guillermo de la Peña, *et. al. Ensayos sobre el Sur de Jalisco*. México: CISINAH (Cuadernos de La Casa Chata, 4), 1977.

Después de los primeros estudios regionales de la década de los setenta, la antropología social encontró un espacio de consolidación en Jalisco, al fundarse el CIESAS de Occidente en 1987. El movimiento desconcentrador mencionado antes, proseguía. Esta vez era el propio CIESAS el que rebasaba las fronteras del Distrito Federal para instalarse en Jalisco como antes lo había hecho en Jalapa, Veracruz, y en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. La importancia del CIESAS de Occidente para el desarrollo de la antropología social en Jalisco está marcada no sólo porque en esa institución se agrupa el mayor número de investigadores antropólogos que existe en el estado, sino también por la calidad de su producción y la renovación temática que en campos como el estudio de las migraciones hacia los Estados Unidos y la antropología urbana en su más amplio aspecto, ha representado y representa. Han sido los antropólogos sociales del CIESAS de Occidente los que han desarrollado modelos para entender el comportamiento electoral de la población en determinadas regiones, abriendo espacios de reflexión que han enriquecido el análisis político hecho desde la antropología.

Así mismo, otra institución, El Colegio de Jalisco, ha incorporado recientemente a antropólogos a su cuerpo académico contribuyendo con ello no sólo a la expansión de la propia antropología social en el estado, sino también a la apertura de regiones como el Norte de Jalisco y la Costa para su estudio, además de introducir una temática como la que plantea la etnomusicología. No menos importante resulta el impulso que El Colegio presta a los estudios comparativos de regiones entre México y España desde la óptica de la antropología social. Con ello, El Colegio complementa la actividad desarrollada en instituciones como el CIESAS de Occidente, certificando la consolidación de los análisis antropológicos acerca de Jalisco y construidos desde la propia entidad.

Además de las instituciones mencionadas, la Universidad de Guadalajara (U de G) incluye en su cuerpo académico a antropólogos sociales reunidos en el Departamento de Estudios del Hombre, del Centro Uni-

versitario de Ciencias Sociales y Humanidades, mismo que edita la revista *Estudios del Hombre*, única publicación periódica especializada en antropología social que existe en Jalisco.

Al panorama institucional en el que se desarrolla la antropología social en Jalisco le hace falta, y notablemente, el establecimiento de una licenciatura que garantice la formación básica y la alimentación de los programas de postgrado. Esta licenciatura, cuya inexistencia es inexplicable en el contexto del desarrollo alcanzado por la antropología social en el estado, debe plantearse la enseñanza formal de la disciplina como un medio para preparar investigadores especializados en el análisis de los problemas de Jalisco. Los egresados de esa licenciatura (que podría radicarse en una ciudad como Lagos de Moreno), son quienes ingresarían a los programas de postgrado en Ciencias Sociales, o bien, plantearían la necesidad del establecimiento de programas de maestría y doctorado específicos en antropología social.

La antropología social tiene en Jalisco perspectivas de desarrollo propicias, no sólo por la residencia en el estado de un número importante de antropólogos sociales sino por el tipo de problemas que muestra la sociedad actualmente. Una mirada a ellos, así sea rápida, nos ofrece el siguiente panorama.

La sociedad de Jalisco presenta, al final de este siglo, un desarrollo complejo marcado por la desigualdad social y regional. El tipo de problemas que ello representa son competencia de la antropología social, una disciplina que tiene experiencia en el análisis de las regiones y en la intervención para el diseño de modelos de desarrollo regional integral. Además, existe un proceso de diferenciación cultural al interior de Jalisco que es poco conocido debido al poder centralizador de Guadalajara y la difusión de "lo tapatío" como la identidad general en el estado. No ocurre así. Las identidades en Jalisco, que al convergir dan lugar a una identidad jalisciense, son poco conocidas, incluyendo los procesos particulares de su formación.

Debido al peso significativo que los símbolos de identidad de Jalisco tienen en la conformación de la idea de "lo mexicano", tanto en el país como fuera de él, este es otro de los temas más atractivos e importantes para un antropólogo social. Y también lo es para una sociedad que repite el esquema concentrador que ha caracterizado al desarrollo nacional, con los desastres sociales que están a nuestra vista. Es posible evitarlos si los aceptamos y los conocemos. En contraste, poco se ha escrito acerca de ello. En cambio, se está cubriendo bien el proceso de formación de las "comunidades transnacionales" relacionadas con la migración hacia los Estados Unidos. Pero poco sabemos de cómo son las comunidades de jaliscienses que viven del otro lado de la frontera norte mexicana, aunque existen estudios pioneros al respecto.

En Jalisco hemos tenido a una sociedad de catolicismo profundo, tanto, que representa la religiosidad nacional. A lo largo y a lo ancho del territorio del estado se erigen santuarios y se localizan centros de peregrinación que son los más importantes de México. Esto es también un tema de los antropólogos sociales que merece el establecimiento de programas sistemáticos de investigación. Incluso, un episodio nacional tan fundamental como el de la guerra cristera, en cuyo desarrollo Jalisco fue protagonista, aún nos reserva ángulos poco conocidos que la antropología social está facultada para explicar. Siguiendo en el ámbito de la vida religiosa, es importante entender el proceso de alteridad que prosigue su profundización en Jalisco y que es de nuestra incumbencia entender porque en ello va la identidad y la integración de la sociedad toda.

En Jalisco, la antropología social no puede, no debe, dejar de lado el análisis de los pueblos indios. Su abordaje debe hacerse como parte que son de la sociedad en su conjunto. Se trata de entender a Huicholes y Nahuas en el contexto de la sociedad jalisciense y las relaciones interculturales que establecen. Pero no son los únicos indios en el estado. La ciudad de Guadalajara es receptora de grupos humanos que vienen de lugares tan distantes como Oaxaca o bien de entidades

vecinas como Michoacán. Es un problema de la antropología social aclarar cómo se están integrando estos grupos a la sociedad como un todo y cuáles son las transformaciones sociales que de allí se derivan. Además, la antropología social, desde Jalisco, puede contribuir a un mejor entendimiento de la situación de los pueblos indios en el país en momentos como los actuales en que esa comprensión es urgente. El tipo de posibilidades analíticas que en este terreno se le abren a la antropología social en Jalisco, son muchas. Empezando por la comprensión misma de las historias y las estructuras particulares de los pueblos indios hasta su inserción en la sociedad mayoritaria.

El análisis de las relaciones interculturales cobra así un nuevo sentido, ya no dentro del esquema de una antropología indigenista integracionista, sino en el marco de un enfoque integral y pluralista. Se trata, al final de cuentas, de entender la pluralidad cultural de Jalisco y establecer un modelo que admita la convivencia sin marginar a nadie. Las sociedades que en un futuro inmediato no encuentren la forma de establecer esos modelos de convivencia en la pluralidad y dejen avanzar, además, la desigualdad social, serán entidades con conflictos permanentes y casi inviables al desarrollo.

Las ciudades medias de Jalisco crecen a una velocidad poco deseable. Incluso, van por el camino de reproducir los males urbanos que ya tienen Guadalajara y los municipios aledaños, incorporados al crecimiento de la urbe principal del estado. En esos procesos, nuevos grupos sociales han surgido, nuevas identidades, nuevas relaciones sociales y nuevos nichos de ecología cultural urbana que desconocemos. Es un mundo complejo, dinámico, que está irrumpiendo en la vida cotidiana de la sociedad jalisciense, transformándola e imprimiéndole rumbos que apenas atisbamos. Su conocimiento es sencillamente imprescindible como instrumento para el desarrollo y para evitar que se convierta en una experiencia traumática para la sociedad.

Un ejemplo de esos procesos emergentes en vías de consolidarse lo ofrece el mundo del fútbol. En México, y

quizá en el mundo, los intelectuales han visto al deporte como una práctica banal, sin importancia para entender la sociedad. Sencillamente suponen que no tiene nada que ver en la conformación de relaciones sociales y el surgimiento de identificaciones culturales. Tal parece que, en forma sublimada, aplican aquel concepto que decía que la “religión era el opio de los pueblos”, y sin más, para qué perder el tiempo en analizarla. Hoy sabemos que la religión es un fenómeno complejo de vastas consecuencias para la vida social. Igual sucede con el deporte, cada vez con mayores repercusiones en la sociedad contemporánea. En Jalisco, el fútbol tiene un peso significativo en la vida social y, por lo tanto, es objeto de análisis de la antropología social.⁹ Con el fútbol están asociadas las identidades de barrio, las afinidades de clase social e incluso aspectos que sugieren la actitud de tipo religioso. Más todavía, el fútbol se ha convertido universalmente en un símbolo de las naciones y, a través de ello, en una especie de sucedáneo de la guerra. Todos estos aspectos se manifiestan en Jalisco, con las particularidades del caso pero con creciente importancia en la definición de conductas sociales.

El espacio regional en relación con la formación de estructuras de poder es otro de los temas vigentes para un antropólogo social interesado en Jalisco. Bastante de la dinámica de una región está en función de las estructuras de poder y su comportamiento, tanto hacia el interior del espacio regional como hacia el exterior. Además, las estructuras de poder, cuando ejercen un liderazgo legitimado, intervienen en procesos que no son necesariamente políticos sino que están más bien relacionados con aspectos culturales. Que ello puede transformarse en un proceso político es cierto y, precisamente, tema de investigación para un antropólogo social. Es probable que una buena dimensión de la variación regional interna a Jalisco se deba a la actuación de las estructuras de poder y eso es un aspecto que, si se desconoce, echa por tierra cualquier proyecto de planeación integral.

9. Actualmente en El Colegio de Jalisco se lleva a cabo un análisis antropológico de lo que el equipo “Chivas” de Guadalajara significa para sus seguidores.

La puesta en marcha de investigaciones regionales dentro de un marco interdisciplinario será uno de los mejores caminos para reformular la antropología social mexicana desde Jalisco y convergir así con esfuerzos que se llevan a cabo en otras entidades del país. El ámbito intelectual que logra crearse a través de ese tipo de grupos de investigación, propicia un mejor entendimiento de la sociedad y, por lo tanto, una presencia más sólida de los resultados del análisis en la vida social misma. Esta es la mejor perspectiva que en Jalisco se le abre a la antropología social: el fomento del trabajo interdisciplinario en el contexto del análisis regional.

El avance de los estudios de antropología social en Jalisco, debido al esfuerzo de los antropólogos que residiendo o no en el estado han sostenido la investigación, permite refrendar que el enfoque no indigenista, regional e integral no es ocioso. Más todavía, la aplicación de esquemas derivados de ese proceder metodológico nos auxilia a entender mejor la sociedad mexicana en su conjunto. Desde Jalisco hemos aprendido que las diferencias regionales en México se fueron configurando conforme las variadas culturas originales se entrelazaban con las impuestas por el régimen colonial, entre las principales, la religión. De aquí los catolicismos populares que germinaron por el territorio nacional. Por eso, lo que llamamos cultura nacional está constituida de convergencias múltiples procedentes de las regiones y localidades concretas del mosaico mexicano.

Los análisis que la antropología social ha hecho en Jalisco son aportes imprescindibles al conocimiento de la situación social y cultural de la entidad. Estamos ante una disciplina de las ciencias sociales que ha consolidado su presencia gracias al esfuerzo combinado de muchos antropólogos. Incluso, es oportuno apuntarlo, la antropología social en Jalisco también se ha enriquecido al encontrarse con otras disciplinas como la historia y la arqueología. Esta vocación interdisciplinaria es nuestra mejor virtud y debe ser estimulada para bien de la propia disciplina, que así ganará en claridad y, por lo tanto, rendirá un mejor servicio a la sociedad.